

Luisa Elvira Belaunde

## VIVIENDO BIEN

Género y fertilidad entre los Airo-Pai de la  
Amazonía peruana







Viviendo bien  
Género y fertilidad entre los Airo-Pai  
de la Amazonía Peruana

La Siniestra Ensayos es una editorial de ciencias sociales y humanidades. Apuesta por promover nuevos lenguajes y saberes para imaginar diversos rumbos en nuestro país y América Latina. Nuestro objetivo es desempolvar clásicos, convertir tesis en libros, impulsar traducciones y provocar debates.

Lo siniestro de nuestra labor es escapar de los espacios comunes y visibilizar temas pendientes que necesiten verdades, originalidad, pasión y buen juicio.

Pablo Sandoval

Luisa Elvira Belaunde

**VIVIENDO BIEN**

Género y fertilidad entre los Airo-Pai  
de la Amazonía Peruana

LUISA ELVIRA BELAUNDE

*Viviendo bien. Género y fertilidad entre los Airo-Paï de la Amazonía Peruana*  
2ª ed.- Lima. La Siniestra Ensayos, 2021.

234 pp.; 14,5 cm x 22,5 cm

ISBN: 978-612-5030-06-1

1. ETNOGRAFÍA INDÍGENA 2. AMAZONÍA 3. GÉNERO 4. SIEKOPAI 5. AIRO-PAI

*Viviendo bien. Género y fertilidad entre los Airo-Paï de la Amazonía Peruana*  
© Luisa Elvira Belaunde

Primera edición: noviembre 2001

© 2001, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP)  
Banco Central de Reserva del Perú - Fondo Editorial Miro Quesada

Segunda edición: diciembre 2001

© 2021, Estación La Cultura

Para su sello *La Siniestra Ensayos*

Av. Fray Luis de León 391, San Borja, Lima, Perú

info@estacionlacultura.pe

Sello dirigido por Pablo Sandoval López

Dirección editorial: Diego Bardález

Carátula: Augusto Carrasco y Carlos Yáñez Gil

Impreso en Perú

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-14389

ISBN: 978-612-5030-06-1

Diciembre 2021

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y distribución total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas por la ley.

Proyecto ganador de Estímulos  
Económicos para la Cultura 2020



PERÚ

Ministerio de Cultura

Para Cesario, Estela, Liberato, Eugenia,  
Oscar, Celina, Lindávola, Manuel, Clara,  
sus hijos y sus nietos



## ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición	
De Airo-Paj a Siekopai .....	11
Agradecimientos a la primera edición .....	21
Prefacio a la primera edición, Fernando Santos-Granero .....	23
<b>Uno</b>	
Introducción .....	35
<b>Dos</b>	
Los cuerpos femeninos y masculinos .....	51
<b>Tres</b>	
El otro lado .....	73
<b>Cuatro</b>	
Aprendiendo a pensar .....	95
<b>Cinco</b>	
La gente que crece .....	113
<b>Seis</b>	
La pareja .....	131
<b>Siete</b>	
Comida en abundancia .....	151
<b>Ocho</b>	
Plantas y animales .....	167
<b>Nueve</b>	
El monstruo del corazón de la gente .....	183
<b>Diez</b>	
Los pueblos que hablan otras lenguas .....	201
<b>Once</b>	
Conclusión .....	213
Bibliografía .....	221



## Prólogo a la segunda edición

### De Airo-Pai a Siekopai

Han pasado veinte años desde la primera publicación de este libro, en 2001, y más de treinta desde que inicié mi investigación con el pueblo que se autodenominaba Airo-Pai<sup>1</sup>, y era oficialmente conocido como Secoya. Desde entonces han sucedido muchos cambios, empezando por la autodenominación de esta población amazónica habitante de la triple frontera entre Colombia, Ecuador y Perú. Airo-Pai era el nombre con el que las familias secoya del Perú se presentaban ante las personas de las ciudades, como yo, cuando estábamos de visita en sus comunidades. Su traducción literal es “gente de monte”, pero su uso contextual connota pertenencia territorial y significa, más precisamente, “gente de *este* monte”; es decir, una gente heredera de una selva legada a sus ancestros por la divinidad Ñañe, en la que las personas de fuera solo debemos entrar con su autorización. El nombre Airo-Pai respondía, entonces, a su vívida percepción del peligro de invasión de sus bosques por personas ajenas, como había sucedido desde los inicios de la colonización de la Amazonía con las expediciones españolas y portuguesas del siglo XVII, las reducciones misioneras del siglo XVIII, y más recientemente, con la entrada de los patrones caucheros a finales del siglo XIX y la guerra fronteriza de 1941 entre Ecuador y Perú.

En 1988, cuando llegué a la comunidad de Vencedor Wajoya, a orillas del río Santa María, afluente del alto Napo, la libre

---

<sup>1</sup> También escrito Airo Pai, Aido Pai y Aido Bai según las modalidades de pronunciación de las diferentes familias y localidades siekopai.

circulación entre Ecuador y Perú continuaba restringida en la zona, impidiendo que las familias originarias del lugar que habían sido desmembradas por el conflicto limítrofe pudiesen reencontrarse. Los ríos Lagartococha y Güeppi, corazón del territorio ancestral Airo Pai, estaban resguardados por las fuerzas armadas de ambos países, cerrando el tránsito entre padres, hermanas, hijos, tíos, sobrinas, abuelos y nietas, que llevaban más de cuatro décadas sin verse. En 1998, esta penosa situación finalmente llegó a su fin y se reestableció la comunicación entre parientes que nunca perdieron la memoria de sus lazos territoriales. De este reencuentro resultó la creación, en 2003, de la Organización Indígena Secoya del Perú (OISPE), con el propósito de dialogar con la Organización Indígena Secoya del Ecuador (OISE) y forjar bienestar para el pueblo Secoya y la defensa de sus derechos en ambos lados de la frontera.

Después de algunos años, ambas organizaciones se plantearon la necesidad de ser conocidos, en Ecuador y Perú por un autodenominativo que expresase su percepción de sí mismos como “gente”, “pai”, con una ancestralidad común. En 2019, el nombre consensuado fue Siekopai, lo cual significa literalmente “gente” (*pai*) “pintada con rayas de colores” (*sieko*), pero también puede traducirse como “gente multicolor”. Este nombre hace referencia a las coloridas vestimentas cubiertas de diseños usadas por sus ancestros en las antiguas fiestas que celebraban el ritmo de la vida en el territorio ancestral. Es un autodenominativo que expresa una relación fundacional con los seres celestiales, que también se visten de colores y prodigan protección y conocimientos a los herederos legítimos de sus ríos y bosques. Además, es un nombre que endereza, por así decir, el nombre Secoya con el que son oficialmente conocidos; puesto que la palabra secoya es una castellanización y distorsión de la palabra siekopai. “Se les enreda la lengua, por eso pronuncian mal”, me explicaron con su característico sentido del humor. Esta broma, sin embargo, encierra una profunda reflexión sobre las peligrosas intenciones disimuladas de personas foráneas que no logran hablar su lengua sin crear equívocos, imponer trabajos con engaños, generar sufrimiento y conflictos. La actual retomada del nombre Siekopai es un intento consensuado de desenredar los nudos lingüísticos, geográficos,

históricos y conceptuales que vulneraron sus derechos ancestrales durante tantos años.

Al publicar la segunda edición de este libro hubiera querido cambiar el nombre también y utilizar el autodenominativo Siekopai en el título y el texto; pero por cuestiones editoriales, no es posible alterar el título de la obra. El nombre Airo-Pai permanece, entonces, como un recordatorio de un nombre del pasado reciente, que delata la percepción siekopai de la historia de la colonización en esta región fronteriza. Siekopai es un autodenominativo binacional y transnacional que restaura la sonoridad y el sentido genuino de la “gente multicolor” resurgida del reestablecimiento de los lazos familiares en ambos lados de la frontera, afirmando las raíces espirituales de una ancestralidad común que se proyecta hacia el futuro.

La ortografía utilizada para escribir la lengua de los siekopai, también ha cambiado. En 2001, yo me guie por el vocabulario publicado por los lingüistas del Instituto Lingüístico de Verano en el Ecuador, que seguía una ortografía próxima de la escritura en castellano. Posteriormente, en Ecuador y Perú esta ortografía fue revisada. Por ejemplo, la palabra Huajoya, nombre de la comunidad donde conduje la mayor parte de mi trabajo de campo, pasó a escribirse Wajoya. Desde 2013, en el Perú se cuenta con un alfabeto oficial consensuado por representantes del pueblo siekopai. Sin embargo, actualmente este alfabeto peruano difiere de las últimas propuestas de ortografía presentadas por lingüistas en el Ecuador. Por estas razones, he decidido mantener la ortografía que utilicé en 2001, a sabiendas de que está desactualizada y requiere un estudio lingüístico de mayor envergadura.

En 2001, nada dejaba presagiar el destaque conceptual y político que las nociones indígenas del buen vivir iban a conseguir pocos años después. Cuando terminé mi tesis doctoral, en 1992, quería ponerle por título “Viviendo Bien”, pero en la London School of Economics, donde cursaba mis estudios de doctorado, mis colegas encontraron ese título algo sonso. “Tu estudias a gente contenta”, me comentó desdeñosamente un amigo, dándome a entender que, fuera del pequeño círculo de alumnos de Joanna Overing, mi orientadora de tesis, no había ningún interés sociológico en el tema. Esto me desanimó. Cuando transformé la tesis en

libro, sin embargo, la llame *Viviendo bien* porque mi experiencia con las familias siekopai estaba marcada por este concepto de su filosofía social. Hablaban de vivir bien constantemente; pero comprendí que para ellos vivir bien no era un mero discurso ni era un hecho obvio, sino un deseo, una preocupación y un imperativo en sus modos de criar a los niños y relacionarse en el día a día: “hay que vivir bien, hay que pensar bien”. Me propuse mostrar el vínculo entre las nociones del siekopai sobre el buen vivir, la escucha de los consejos y la crianza de los hijos, una relación de enseñanza-aprendizaje que se concibe en términos causales: “hacer escuchar”, “hacer pensar”, “hacer comer”, “hacer producir”, “hacer alegrarse”. Los que viven bien “hacen crecer” a sus hijos, niños y niñas, enseñándoles con el ejemplo y la palabra de consejo a pensar y actuar por sí mismos en respuesta a las acciones de otras personas de su entorno.

La cuestión clave a la que se enfrentan las prácticas cotidianas y la crianza siekopai es la fragilidad de la existencia social. No sería necesario poner tanto énfasis en tratar de vivir bien si no estuviera siempre latente la posibilidad de que la enemistad se apodere de toda la existencia. Es cierto que, en principio, criar a los hijos es la antítesis de hacer enemigos, pero siempre existe la posibilidad de que ellos, la pareja o los familiares cercanos se conviertan en enemigos. Por eso los hombres y las mujeres siekopai muestran una preocupación constante por librarse, mediante la escucha de los consejos, alimentación, prácticas de higiene corporal, uso de plantas, baños y otros medios rituales, de los sentimientos de “rabia” contra sus parientes. Esto también se aplica al trato dado a sustancias poderosas, como la sangre menstrual, el semen y los excrementos, cuyo olor atrae a seres invisibles que causan rabia, conflicto y enfermedad. Por eso, la producción de cuerpos y personas generificadas es inseparable del manejo de la rabia en la vida cotidiana.

En su concepción, la rabia, así como el consejo (pero con significados opuestos), tiene un efecto causal: estar “rabiando” “hace rabiar” a los demás, incluidos los niños. El llanto inconsolable y las rabietas tienen el efecto de hacer que los padres pierdan la paciencia y se vuelvan violentos con sus propios hijos. La

autonomía personal basada en las relaciones causales de la crianza y la producción de cuerpos y personas concedoras, contienen, por tanto, una reflexión sobre sus propios límites. En este sentido, vivir bien es siempre un hacer histórico; mejor dicho, es un hacer tiempo. Cuando no hay escucha, ni pensamiento o acción autónoma que sostengan las palabras de consejo, la rabia se pliega sobre sí misma generando muerte y el horizonte de la temporalidad humana desaparece.

Actualmente, las nociones indígenas del buen vivir amazónico y andino se han vuelto famosas en la teoría social y política latinoamericana, y hay muchas tesis de doctorado escritas sobre el tema. Sin embargo, cuanto más proliferan los escritos sobre sus significados, más dudas aparecen sobre su comprensión por parte de los intelectuales y políticos que, fascinados por las prácticas indígenas, las han desterritorializado para colocarlas en teorías académicas, normativas institucionales y constituciones estatales. Personalmente, entiendo que entre los *siekopai* nociones como el buen vivir no responden a nuestras categorías fijas, que reifican los procesos. Entre ellos, son algo que hay que hacer; que requiere ser concebido y hacer suceder. Considero que nuestros conflictos académicos y políticos provienen del valor ontológico que le atribuimos a nuestros conceptos. Cuando hablamos de buen vivir es como si este ya existiera completo, como si fuera un producto que ya estuviera listo y el problema fuese solamente ver si se aplica o no se aplica al caso que estudiamos o queremos promover. A mi parecer, entre los *siekopai*, vivir bien es un hacer y se puede romper; todo el mundo sabe que, en algún momento, va a quebrarse. Hay una palabra de su filosofía, *carajai*, que expresa la idea que en este mundo todo es fallible y finito. Existimos en un ámbito temporal donde las relaciones, las personas y los cuerpos están haciéndose y se rompen, y se vuelven otra cosa, y hay que recomenzar. Siento que lo mismo sucede con otras nociones y prácticas indígenas que los antropólogos formateamos y deformamos (como la complementariedad, el género, la autonomía, la sociabilidad), fijándolas en nuestras teorías que excluyen a la falibilidad en tanto eje temporal inherente a todo proceso

Algunas de las prácticas cotidianas que describí en este libro no son tan fácilmente observables hoy en las comunidades siekopai, pues han sido dejadas de lado por las nuevas generaciones cuyas formas de crianza priorizan la meta que sus hijas e hijos culminen su educación primaria y secundaria para, utilizando sus propias palabras, de esta manera “hacer que los hijos sean profesionales”. Como toda etnografía, inmersa en un tiempo y lugar, este libro se ha transformado en un texto de etnohistoria. La adhesión al culto evangélico pentecostal y la necesidad de obtener dinero para comprar mercancías y cubrir los gastos de educación de los hijos han aproximado las comunidades siekopai a las ciudades y transformado el tejido de las relaciones sociales, los cuerpos y las personas. Pero la preocupación por vivir bien en este mundo peligrosamente cambiante lejos de desaparecer, se ha incrementado y renovado gracias al restablecimiento de los lazos con los parientes en Ecuador y el fortalecimiento de sus organizaciones en ambos países.

En el mes de octubre pasado, Anselmo Sandoval Estrella, presidente de la Organización Indígena Secoya del Perú (OISPE) vino a Lima, con una delegación de la OISPE, para gestionar, una vez más, la titulación completa de las Comunidades Nativas secoya (siekopai) del Perú. Desde la primera vez que asumió el cargo de presidente, hace más de diez años, ha tenido que desplazarse repetidamente desde las orillas del río Putumayo hasta Iquitos y Lima para explicarle a los oficiales del gobierno regional y nacional que su pueblo es el legítimo heredero del territorio donde sus ancestros, en las condiciones de su tiempo, también criaron a sus hijos para lograr vivir bien. Aprovechando su estadía en Lima, le pedí a Anselmo que le dedicara unas palabras a los lectores de este libro.

Como presidente de la OISPE, las comunidades han confiado en mi persona y yo acepté el cargo para cuidar de la cultura entre nosotros. Porque tenemos nuestra Reserva Comunal Airo Paj, tenemos nuestra vestimenta, tenemos nuestra lengua que hablan grandes y pequeños. Yo he pensado, hay que mantener la cultura y, también, que hay que hacer nuestros hijos profesionales.

Yo he pensado eso porque si no hay profesionales, pues la cultura se va a acabar. ¿Quién va a recoger las cosas? Yo, por ejemplo, conozco muchas cosas, pero para escribir las historias, los cuentos, yo no puedo. De esa manera pensaba, porque nuestras hijas, nuestros hijos, hacen su primaria y su secundaria y hasta allí no más estudian, no pueden salir de la comunidad para hacerse profesionales. ¿Por qué? Por la distancia de las comunidades del Putumayo hasta el estrecho e Iquitos. Hemos mandado a nuestros hijos para que estudien en la ciudad, pero ellos no han podido aguantar, muy lejos. A Iquitos han llegado, pero no podían resistir porque no había apoyo para alojamiento ni alimentación. Todos los años yo he estado mirando que han fracasado y han regresado. Por eso pensé buscar aliados con ONGs que nos apoyen, la municipalidad, alcalde, las instituciones. Tenía la idea de conversar con ellos para que nos apoyen para la educación profesional de nuestros hijos, de nuestras hijas.

Que sea antropólogo, que sea biólogo, y otras carreras como enfermería, también. Para la salud, necesitamos profesionales que entiendan nuestro idioma. Los ancianos no entienden español. El médico les da una pastilla, pero no entiende lo que dicen. De esa manera necesitamos profesionales de salud. He pensado, hay que conocer tanto las plantas medicinales de nosotros como las medicinas de fuera. También hay que hacer profesionales en educación, porque aquí la gente no conoce carro. Cuando llega un libro escolar a la comunidad, los niños no entienden; no conocen cerro, no conocen carro, no conocen mar. ¿Cómo van a hacer sus tareas? No pueden, porque no conocen lo que está en los libros. Por eso necesitamos profesionales en educación para que ellos mismos hagan los libros de escuela con lo que los niños viven. Por ejemplo, si yo hablo de canoa, de remo, ellos entienden. Para pescar, también entienden cómo se pesca. O hacer una batea o hacer casabe, esas tareas ellos entienden. Hacer libros con las cosas de la selva, de esa manera nosotros mismos vamos recogiendo la cultura en los libros.

También necesitamos profesionales en antropología, porque la primera vez que he hecho un viaje a Lima, cuando me han entrevistado yo no entendía bien. Ellos decían que nosotros éramos como fantasmas; no conocían nuestro pueblo indígena. ¿De dónde han salido?, se asustaron, se sorprendieron cuando nos organizamos para la OISPE. Por eso necesitamos la carrera de antropología. Porque cuando hablé con el Ministro en Lima, yo contaba todo de nuestros ríos, Wajoya, Campuya, Yubineto, todas las cabeceras donde vivían los ancestros. Ahora la selva se ha recuperado allí; hay purmas allí, hay madera, hay aguaje. Allí hay todo lo que nuestros ancestros consumían y botaban la semilla; eso nuevamente produce. Yo expliqué, por eso allí es nuestro territorio. Cuando el Ministro escuchó toda la historia que le conté, él me dijo: “yo te entiendo, esa es tu historia, tu cuento, pero no lo creo. No hay nada escrito, yo no lo voy a creer. Aunque tu cuentas bonito, no lo voy a creer”. Así me ha rechazado.

Por eso yo ya quería regresar a mi comunidad, no quería ser más presidente de la OISPE. Mejor me voy a mi casa, estoy perdiendo tiempo. Por eso he pensado, necesito que haya antropólogo y antropóloga entre nuestros hijos, para que se recupere la cultura y sea escrito, y biólogos, porque nosotros conocemos toda la biodiversidad, donde están los animales. Ahora están capacitándonos para que nosotros mismos trabajemos en nuestra Reserva Comunal Airo Paj. Necesitamos profesionales para recuperar nuestros apellidos. La gente me dice: “Usted no es secoya, usted es Sandoval, usted no es indígena”, pero si lo soy. ¿Por qué? Porque los patrones nos han regalado sus apellidos: Sandoval, Levy, ellos adoptaban como familia, pero nos hacían trabajar duro. De esa manera hemos tenido esos apellidos de los patrones. Por ejemplo, mi nombre siekopai es Oco Maña Nehue; “Oco” es agua, “Maña Nehue”, es decir, “Perfume de agua”. Necesitamos hacer que nuestros hijos sean profesionales para nosotros mismos recuperar nuestros nombres y registrar nuestros apellidos. (Anselmo Sandoval Estrella, Presidente de la OISPE. Lima, 14 de octubre de 2021)

Por eso le dedico la reedición de este libro a todos los estudiantes siekopai, ellas y ellos, sus madres, padres y abuelos, que saben que los libros de antropología que se escribirán en el futuro, también serán escritos por ellos mismos; y le paso la palabra a Anselmo Sandoval Estrella, presidente de la OISPE y padre de una estudiante que está decidida a hacerse una mujer profesional siekopai. A principios de noviembre, después de meses de confinamiento por la emergencia sanitaria del Covid-19, pude viajar a Iquitos nuevamente y encontrarme con tres jóvenes siekopai, dos mujeres y un varón, que estaban cursando sus estudios universitarios en la ciudad en estos tiempos de pandemia extraordinariamente difíciles. Escuchar sus testimonios de persistencia ante adversidades abrumadoras y de todo tipo, económicas, tecnológicas, discriminación, soledad, me convencieron que la actual apuesta de las familias siekopai por la profesionalización de sus hijos es la expresión de su entendimiento de una práctica de la crianza que se transforma para generar nuevas formas de autonomía.

Luisa Elvira Belaunde  
Lima, 11 de noviembre 2021